

de esta vida y haya desaparecido todo el lodazal. Eres un angel y quizá no sabes que has redimido mi alma de la perdición.

Miró al obrero arrodillado á sus pies, teniendo, sin abandonarlo, el extremo de su chal en la mano y, cuando vió su fisonomía agitada, espiró en sus labios la repulsa que iba á dirigirle.

— He entrado con rabia en el corazón. Me desesperaba la idea de que, por haber pronunciado una palabra plañidera, se me tome por una mala cabeza. Te he dicho que tuve miedo. Me refiero á la botella, al veneno que he visto encima de la mesa. No he hecho daño nunca á alma viviente; pero al dar con ella, he pensado: ¡quién sabe lo que hubiera podido hacer á mí mismo, ó á ella, ó á los dos!

Pálida de terror, puso sus manos en la boca de Esteban, para impedirle que hablara más. Las tomó él en la suya, que le quedara libre, y, reteniéndolas, sin dejar el mantón, continuó rápidamente:

— Pero te he visto, Raquel, sentada junto al lecho. Te he visto allí toda la noche. En mi sueño, sabía que tú estabas cerca. Así te miraré en adelante. No la veré más á ella, no pensaré más en ella, sin crer que estás á su lado. No veré nunca, no pensaré nunca en nada que me

irrite, sin figurarme que estás aquí para mi consuelo. Y hasta trataré de esperar, de tener confianza en el porvenir, en la época feliz en que tú y yo juntos iremos lejos, más allá del abismo profundo, al país donde mora tu hermanita.

Besó otra vez el faldón de su chal y la dejó salir. Ella le dió las buenas noches, con voz temblorosa, y se echó á la calle.

El viento venía de levante y rugía constantemente. Ahuyentaba á las nubes. La lluvia se había cansado de caer, yendo, tal vez, á otra parte, y las estrellas brillaban en el cielo. Estaban avanzó, con la cabeza desnuda, por el camino, viendo como ella se alejaba con paso rápido.

En la imaginación inculta del obrero, Raquel se destacaba sobre sus ocupaciones ordinarias como el fulgor de las estrellas, que amortiguaba el brillo de la vela ardiente.

CAPITULO XIV

EL GRAN FABRICANTE

El tiempo fué pasando por Cokeville del mismo modo que funcionaban las máquinas en la ciudad: tanto material sucio y fabricado,

tanto combustible consumido, tanta fuerza empleada y tanto dinero ganado. Pero, menos inexorable que el hierro, el acero ó el cobre, llevó sus estaciones cambiantes hasta aquel desierto de humo y de ladrillos, haciendo allí la única oposición que jamás nadie intentara contra la vida uniforme de la ciudad.

— Luisa pronto tendrá aspecto de mujer — dijo el Sr. Gradgrind.

El tiempo, gracias á la máquina cuya potencia en caballos ignoro, prosiguió su tarea, sin prestar la menor atención á lo que decían fulano ó mengano y, en el momento de que hablamos, había concedido al joven Tomás un pie más de altura de la que gozaba en la época en que el Sr. Gradgrind se dignó observar este producto.

— Tomás tendrá pronto aspecto de hombre — dijo el Sr. Gradgrind.

El tiempo continuó modelando á Tomás en su gran fábrica, y hételo ya en traje de caballero y cuello postizo.

— Verdaderamente — dijo el Sr. Gradgrind — es tiempo ya de que Tomás entre en casa de Bounderby.

El tiempo, encarnizándose con Tomás, lo llevó á la casa bancaria de Bounderby, instalándolo en ella y obligándole á comprar su primera

navaja, amén de inducirle á una porción de cálculos referentes á su propio individuo.

El tiempo, ese gran fabricante, que siempre tiene en brazos una cantidad enorme de trabajo, más ó menos dispuesta á ser entregada al consumo, modeló á Sissy en su fábrica, haciendo de ella, en verdad, un objeto muy bonito.

— Creo inútil, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind — que sigas á la escuela.

— También lo creo, señor — respondió Sissy, con una reverencia.

— No he de ocultarte, Jupe — añadió el Sr. Gradgrind, frunciendo el ceño — que el resultado de esta prueba ha defraudado mis esperanzas. Lejos estás de haber adquirido, bajo la dirección del Sr. y la Sra. Mac-Choakumchild, la suma de conocimientos exactos que me figuraba. Has adelantado poco en hechos. Tus ideas aritméticas son muy limitadas. Estás muy atrasada, mucho más atrasada de lo que hubiera creído.

— Mucho me apena ello, señor — replicó ella. — Sé que esto es verdad. Y, no obstante, he probado, señor...

— Sí, — dijo el Sr. Gradgrind. — Sí; no dudo de que hayas probado bien: te he observado, y no tengo que quejarme de tí, respecto á este punto.

— Gracias señor. Algunas veces he pensado... (hé ahí como Sissy se vuelve tímida)... que quizá he querido aprender demasiadas cosas y que, si hubiera tratado de aprender menos, hubiera podido...

— No, Jupe, no — dijo el Sr. Gradgrind, moviendo la cabeza, con aire práctico de lo más profundo y eminente. — No. El método seguido por tí está de acuerdo con el sistema; y éste lo es todo. Me limito á suponer que las circunstancias de tu educación primaria han sido desfavorables al desarrollo de tu razón y que hemos empezado demasiado tarde. Sea lo que fuere, me has defraudado en mis esperanzas, como he dicho antes.

— Quisiera, señor, haber podido conocer mejor sus bondades para con una niña abandonada, que no tenía derecho alguno á ellas y á la cual he querido V. proteger.

— No llores — dijo el Sr. Gradgrind — no llores. No me quejo de tí. Eres una buena muchacha, afectuosa y prudente, y... habrá que contentarnos con eso.

— Gracias, señor, muchas gracias — dijo Sissy, con una reverencia de agradecimiento.

— Eres útil á la Sra. Gradgrind y prestas, de ordinario, una porción de pequeños servicios á la familia; lo dice la señorita Luisa y, por lo

demás, yo mismo lo he observado. Espero, pues — dijo el Sr. Gradgrind — que tratarás de ser feliz en estas nuevas relaciones.

— Nada tendría que desear, señor, si...

— Ya te entiendo — dijo el Sr. Gradgrind — aludes de nuevo á tu padre. He sabido por Luisa que guardas siempre esa famosa botella. ¡Pues bien!... Si tus estudios sobre los medios de llegar á resultados exactos hubieran sido más provechosos para tí, sabría ahora á que atenerme sobre el particular. Nada más digo de ello.

En el fondo, quería demasiado á Sissy para no hacer caso de ella; pues de lo contrario, en atención á la poca estima en que tenía las disposiciones aritméticas de su protegida, hubiera acabado por menospreciar su inteligencia. De un modo ú otro se metió en la cabeza que en aquella chica había algo que no podía clasificarse entre sus estados y cuadros numéricos. Su capacidad por la definición hubiera podido evaluarse en una cifra muy baja, y sus conocimientos matemáticos llegaban á cero. También el Sr. Gradgrind se preguntaba como hubiera hecho para dividirla en categorías, en caso de tener que hacerla figurar en las columnas de alguna memoria oficial.

Llegado á cierta altura, en la fabricación del tejido humano, el tiempo emplea procedimien-

tos muy rápidos. El joven Tomás y Sissy habían llegado á esta fase de su fabricación; se hicieron los cambios en uno ó dos años, mientras el Sr. Gradgrind parecía continuar estacionado, sin sufrir alteración alguna.

Salvo una, sin embargo, y que no tenía nada que ver con el progreso de la hilatura del tiempo. Este fabricante le había empujado á la pequeña mecánica, asaz bullciosa y sucia, de un lóbrego colegio éndole elejirle, diputado por Cokeville, con destino al Parlamento: uno de estos miembros respetables, afectos á las cuentas por sueldos y dineros, gramos y kilos; un representante de la tabla de multiplicar; uno de esos honorables caballeros que son ciegos, cojos y que hacen el muerto, siempre que se trata de cosa distinta de los pesos y de las medidas: ¿Valía la pena de que, sin ello, viniéramos al mundo, en una tierra cristiana, mil ochocientos años, y algunos más, después de nuestro divino Señor?

Durante aquel tiempo Luisa también adelantó por su parte, conservándose tranquila y reservada, siempre fiel en mirar, á la hora del crepúsculo, las cenizas rojas que caían y se extinguían en el hogar. Rara vez atrajo la atención de su padre, desde que éste le dijo que tenía ya casi aspecto de mujer. Creía aun

que esto era ayer, cuando una mañana se encontró en que lo era ya de hecho.

— ¡Pero si ya es una mujer! — dijo el Sr. Gradgrind, con acento soñador — ¡Lo que es de nosotros!

Poco tiempo después de este descubrimiento, se volvió más pensativo que de costumbre y, durante algunos días, pareció estar muy preocupado en algun proyecto. Cierta noche, en el momento en que iba á salir y Luisa le despedía, pues debía regresar muy tarde y no contaba verle hasta el día siguiente, la tomó en sus brazos y, mirándola con mucho afecto, le dijo:

— Querida Luisa, ¿eres ya una mujer!

— Sí, papá.

Respondió ella con la misma mirada rápida y escrutadora que le dirigiera el día en que la sorprendió en el circo; después bajó la vista.

— Querida mía — dijo el Sr. Gradgrind — tengo que hablarte á solas seriamente. ¿Querás venir mañana por la mañana, después de almorzar, á mi gabinete?

— Sí, papá.

— Tus manos están algo frías, Luisa. ¿No te encuentras bien?

— Muy bien, papá.

— ¿Y alegre?

Le miró de nuevo y replicó con su sonrisa peculiar :

— Estoy alegre como siempre, papá ; alegre como nunca lo haya estado.

— ¡ Enhorabuena ! — dijo el Sr. Gradgrind.

Diciendo esto, la besó y se marchó. Luisa volvió á su habitación tranquila, que parecía un salón de peluquero, y, con el brazo derecho apoyado en la mano izquierda, se puso á contemplar las chispas efímeras, trasformándose rápidamente en ceniza.

— ¿ Estas ahí, Lu ? — dijo su hermano, apareciendo en la puerta.

El Sr. Tom se había convertido en un hombre de mundo, aunque su semblante no era, francamente, para dar una idea ventajosa de lo que se llama gente de mundo.

— Querido Tom — dijo ella, levantándose y besándole. — ¡ Cuánto tiempo sin venirme á ver !

— Todas las noches he tenido compromiso, Lu, y durante el día el viejo Bounderby me tiene atado bonitamente. La suerte es que tú me sirves para hacerle entender la razón, cuando va demasiado lejos : de este modo no rebasamos límites. Dime, Lu. ¿ Te ha hablado de algo papá, ayer ú hoy ?

— No, Tom. Pero me ha dicho que deseaba hacerlo mañana por la mañana.

— ¡ Bien ! Es lo que pienso — repuso Tom — ¿ Sabes adónde ha ido esta noche ?

Tom parecía dar mucha importancia á este asunto.

— No.

— Pues entonces voy á decírtelo. Está con el viejo Bounderby. Tienen una entrevista seria, en la banca. ¿ Por qué en la banca, dirás tú ? Voy á decírtelo. Creo que para estar lo más lejos posible de las orejas de la Sra. Sparsit.

Con la mano puesta en el hombro de su hermano, Luisa continua mirando el fuego. Tom consulta el rostro de su hermana, con más atención que de costumbre y, rodeándole el talle, la atrae á sí con ademán acariciador.

— Me quieres ¿ verdad, Lu ?

— Sí, te quiero mucho, Tom, aunque estés tanto tiempo sin venirme á ver.

— Pues bien, querida hermanita, en esto pensaba precisamente. Podríamos vernos más á menudo, ¿ verdad ? Podríamos estar siempre juntos ó muy cerca, ¿ verdad ? Sería una buena cosa para mí, Lu, si pudieras decidirte á lo que sé. Sería soberbio, sería cosa famosa para mí.

El aire pensativo de Luisa desconcertó el exámen hábil de Tom. Aquel semblante impasible no le revelaba nada. La estudió en sus

brazos y la besó en la mejilla. Ella le devolvió el beso, sin apartar la vista del fuego.

— ¡Dime, Lu! He pensado que haría bien en venir, de paso, á decirte una palabra de lo que se está fraguando, bien que supongo lo habrás adivinado, aun que nada papá te haya dicho de ello. Es preciso que me marche, pues he dado cita á algunos amigos, para esta noche. ¿No olvidarás que me quieres?

— No, querido Tom, no lo olvidaré.

— Eres una buena muchacha — dijo Tom — ¡Adiós, Lu!

Ella le dió afectuosamente las buenas noches, acompañándole hasta el exterior, por el que se divisaban los fuegos de Cokeville, encendiendo el horizonte lejano. Quedóse inmóvil, con la vista fija en aquellas claridades vagas, escuchando el ruido que hacían los pasos de Tom, mientras andaba. Este se alejó rápidamente, como si estuviera alegre por escapar de Pedro-Loge. Estaba ya lejos, habiendo cesado el ruido de sus pasos, y ella continuaba allí, de pie en el mismo sitio. Parecía como si tratase de descubrir, primero en las resplandores de su chimenea, luego en la neblina de fuego que se elevaba sobre la ciudad, qué clase de tejido el viejo tiempo, el más grande y antiguo entre los hiladores, iba á for-

mar con aquellos mismos hilos de que habia hecho una mujer. Pero la fábrica de este viejo está escondida, no se sabe dónde; su maquinaria no hace ruido y sus obreros son sordomudos.

CAPÍTULO XV

PADRE É HIJA

Aunque el Sr. Gradgrind no se pareciese á Barba-Azul, su gabinete ofrecía el aspecto de una habitación azul, habida cuenta del número de *libros azules* (1) que se encontraban allí reunidos. Todo lo que las memorias pueden probar (y, por lo general, prueban lo que se quiere) estaba demostrado en aquel regimiento de folletos que á cada instante venían á reforzar nuevos reclutas. Las más enrevesadas cuestiones sociales se veían adicionadas, totalizadas y arregladas por siempre en aquella sala encantada. ¡Si lo hubieran sabido aquellos á quienes la materia puede interesar! Como un astrónomo que hiciese construir un observatorio sin ventana y se instalara en él para

(1) *Blue-books*, memorias impresas por orden del Parlamento, llamándose así por razón de la cubierta.